

CAPÍTULO VIII.

UN BAÑO TURCO

De la mezquita, y de la bulliciosa confusion del bazar, nos dirigimos á la casa de baños que nos habian preparado. Esta se halla en el bazar y está construida en forma de cúpula, con sus sencillos adornos turcos. Frente á la entrada hay un terrado como el de los mezquitas. Este estaba rodeado por un puñado de hombres, los que tenian unos trajes brillantes; la probabilidad es que habian sido atraidos allí por un piquete de soldados turcos que estaban montando la guardia en honor nuestro sobre la casa de baños. Entramos á este aposento verdaderamente oriental, no sin dejar de sentir algun embarazo. Este apo.

sento estaba contiguo al baño, y sirve como cuarto para vestirse. Estaba cubierto por un hermoso sinberrio. Al rededor de la pieza, pegado á la pared, habia unas bancas de piedra, las que tienen por objeto el servir para los preparativos que hace el mahometano para darse el baño. Arriba de estas hay unos mcrillos de donde penden unas cortinas, caso de que se quiera estar en lo privado. Frente á la entrada habia un dosel destinado á las personas de alto rango. Le habian adornado en esta ocasion para nuestro uso, con las telas orientales las mas esquisitas—cojines bordados de oro, cachimires, cortinas de lana muy ligeras variadas con los colores mas brillantes, y cuyas ondas desplegaban ese perfecto gusto del turco. Habia tendidas suaves y elásticas alfombras de Persia, para proteger del marmol á los piés desnudos. Al pié del dosel habia un tazon, de allí brotaba una fuente dividida en once chorros, que arrojaban el agua mas clara y fresca sobre el marmol, con un murmullo suave. A orillas de esta fuente estaban las flores mas hermosas del Sur. Alí Pachá las habia enviado, como tambien todos esos adornos tan lujosos. Era un verdadero cuadro de magnificencia turca: un conjunto, una confusion hermosa que, no obstante, poseia una armonía interior encantadora. El cuarto estaba lleno con

los criados de Alí, los que tenian ya dispuestas las costosas pipas y los "narghiles," como tambien los criados pertenecientes de ordinario al baño. Trajimos á la memoria las descripciones de "Las Mil y Una Noches" las que en lo general se les considera muy exageradas, pero las que en realidad tienen mas de verdad que de imaginacion. Nos hicieron señas para que nos colocásemos en los divanes y nos desnudásemos para tomar el baño. Me encontraba bastante molesto al tener que hacer la "toilette" Coram publico, y primero tuve que hacerme á la situacion. Por consiguiente, empecé por acostarme en un divan y fumar el excelente tabaco del Pachá en una preciosa pipa. Este aparato de fumar costaba, á lo ménos así nos lo dijeron, por lo bajo de mil á tres mil florines. La boquilla es un gran pedazo de ambar engastado con brillantes.

Durante esto, todos nuestros compañeros de viaje que se habian quedado atrás haciendo algunas compras en el bazar, se fueron reuniendo. Solo el Baron K., mi hermano y yo, nos habiamos hecho el ánimo de tomar el baño. Los demas estaban dudosos, pues le temian al calor que es indispensable á esta purificacion oriental. Todos los que no tomaron parte, se fueron al terrado que estaba frente á la casa para fumar y tomar refres-

cos. Es mi costumbre cuando viajo el hacer todo segun el uso del país; pues una viaja, para ver y para aprender. Me parecia absurdo el permanecer vestido en el divan, de suerte que me encaminé acompañado de mi "valet" y ayuda de baño, al primer cuarto preparatorio. Entré sintiéndome nervioso, y casi me sofoqué con la corriente de un aire cálido y húmedo.

Para mi consuelo, me encontré al Baron K. que estaba ya envuelto en su traje de baño. Me desnudé y los mahometanos que estaban de servicio, me echaron un cobertor de una lana muy suave sobre el cuerpo, y me envolvieron en un capote del mismo material blanco. Me pusieron en los piés unas sandalias altas con el fin de protegerlos del agua que corria por el mármol. Despues me instalaron en una silla de piedra que tenia unos cojines, y me ofrecieron una pipa.

A esto habia la oportunidad de examinar el cuarto; era de piedra, y tenia la forma de un paralelógramo largo pero no muy ancho. Junto á la pared tambien habia bancas para descansar. El suelo estaba cubierto con el agua que subia media pulgada de altura, y como que el calor proviene de abajo, esto hace que el aire se ponga sumamente húmedo. Apénas habia comenzado á transpirar, cuando principi6 la tarea de los bañe-

ros. En este cuarto preparatorio nos dieron un "champwn" (1) en el cuerpo con el fin de provocar un sudor mas fuerte aún. Parecia como si esto tuviera una influencia magnética. El aspecto de estos hombres concuerda con esta conjetura. Los mas de ellos son jóvenes, con unos ojos negros como el azabache, que de pronto parecen no tener expresion, pero cuando se les encienden, están llenos de entusiasmo y de melancolía. Esta mirada tan penetrante, la clavan y la vuelven sobre la víctima que se halla entre sus manos. Su tez, es clara, pero amarilla y pálida. La vida que pasan en ese calor intenso, les ha privado de esa frescura juvenil. Sus fisonomías, como la de todo musulman, tienen una forma larga y angular. En sus bien formadas bocas, las que generalmente tienen cerradas, les jugaba frecuentemente una sonrisa desdeñosa y triste, la que probablemente era ocasionada por esa falta de destreza, propia á los europeos que no han pasado por estas costumbres turcas. Sus cuerpo seran delgados y como de alambre. El ejercicio del "shampoing" hace que se les agranden mucho las manos. El cabe

(1) El champoon es una mistura que usan los turcos, especie de jabonadura [que saca mucha espuma. —Nota del traductor.

lle, de acuerdo con la costumbre 'mahometana, lo tienen muy rapado por enfrente. Sus trajes son muy sencillos: lo mismo que los bañeros usan una ropa de lana de un color medio azul y gris, con unas rayas coloradas que les dan por el espinazo; el manto blanco les cuelga de los hombros, y en la cabeza llevan unos casquetes blancos.

• Cuando la transpiración hubo llegado a su colmo, mientras estábamos fumando y tomando el café, gracias al "shampoo" y al calor intenso, nos pusieron los criados las sandalias y nos condujeron al tercer y principal cuarto de baño. Dejamos á nuestros criados europeos en el primer cuarto, puesto que de nada nos servían ya. Estos desgraciados, cuya ropa no era tan delgada como la nuestra, se estaban casi desmayando con el calor.

La temperatura del tercer cuarto (era más de lo que pedíamos aguantar, pero habiendo llegado hasta tal grado, no queríamos salirnos antes de haber satisfecho plenamente nuestra curiosidad. Marchamos con brío, haciendo ruido con nuestras sandalias en aquel piso húmedo.

Este aposento también estaba coronado por una cúpula atrevida y arqueada. En el centro encontramos que había en el suelo una cosa eleva-

da y redonda: tenía de altura dos pies, y servía como de campé. En los cuatro extremos de la pared redonda, había pequeños gabinetes para bañarse. Las paredes de estos vienen á formar un ángulo pronunciado en el centro del cuarto principal, que termina en una pequeña entrada arqueada. Estas paredes sirven solo de divisiones, pues, como las de España, tienen á lo sumo nueve pies de altura. La parte superior está descubierta hácia la cúpula.

Después nos llevaron, por separado, al interior de estos gabinetes. Encontré allí un asiento de madera con su respaldo, y dos llaves para agua caliente y fría, la que venía á caer en una fuente de mármol. Las paredes estaban cubiertas por miles de escarabajos negros, los que, sin embargo (¡loado sea el cielo!), se volaron al acercarse la criatura racional.

Mi bañero me quitó el manto después de haberse quitado el suyo, y me ví obligado á tenderme en el asiento de madera, mientras tanto me frotaba el cuerpo con un cepillo muy suave y de un color azul. Después de haber proseguido de este modo por algún tiempo, tomó un gran rollo de fibras del maguey y agua caliente, lo que produjo una gran cantidad de espuma blanca; después me suplicó que cerrase los ojos, y me echa-

ba esto desde la cabeza hasta los piés repetidas veces, y siempre quitándome la espuma con el agua caliente. Durante esta operacion, me trajo, con cierta indolencia, una excelente limonada, que refrescaba mucho en medio de este vapor espantoso.

Miéntas se efectuaba este labatorio, se presentaba con frecuencia el intérprete en el pequeño gabinete, para preguntarnos qué tal estábamos. y si era nuestro deseo el que se nos hiciera todo exactamente como se les hacia á los turcos. Iguales veces le repetí que ese era nuestro deseo, y sin chistar, dejamos que todo continuase.

Cuando el bañero me hubo considerado suficientemente lavado, me envolvió en mi húmeda cabeza una toalla de lino á modo de turbante, y me dió á entender por señas que me parase; me echó el manto sobre los hombros, me trajo las sandalias y me condujo al primer cuarto de todos, adonde estaba el divan puesto en alto y rodeado con unas cortinas de lana, como tienda de campaña, con el fin de ocultarnos de las miradas de los curiosos.

Cárlos y yo nos tendimos sobre los cojines tan bien acolchonados; dejamos que nos cubrieran con una ropa bordada de oro, é hicimos por refrescarnos despues de esa espantosa transpira-

cion. Nos trajeron unas pipas, café, refrescos, y una agua excelente. Los bañeros estaban de rodillas junto á nosotros, atendiéndonos y dándonos el "shampooing." Todo estuvo magnífico, y nos dió una idea del lujo oriental. Entre tanto, nuestros compañeros nos vinieron á ver, y se rieron al ver el aspecto turco que presentábamos. Como que la transpiracion no cesaba, y, por otro lado, esperábamos la visita del Pachá á bordo de nuestro buque, nos vimos obligados á vestirnos y abandonar la casa de baños sudando todavía. No puedo decir que el baño me habia causado un efecto agradable. El calor excesivo le hace á uno sentirse inquieto y lo vence. Para el perezoso mahometano, que puede despues pasar hora tras hora al "dolce far niente," fumando su tabaco y sorviendo su café, todo esto será muy bueno.